

de una generación hasta otra remota generación.

Se formó la escritura, y ya no más el acento de ciencia, de verdad ó de arte que salía de una boca, quedaría perdido ó reducido á que le sirviese de vehículo la infiel memoria, pues guardado aquel acento en la letra, se dilataría en el tiempo, donde tantos acentos habrían de unirse de siglo en siglo para bien de la humanidad.

A este respecto dice un autor que consultamos: "El oro había sido el lazo del trabajo con el trabajo en la duración: el alfabeto fué el lazo del espíritu con el espíritu, y así como la moneda caída de manos del antepasado iba á través de las edades á rescatar una vida de la miseria, así también la escritura volando al soplo de la historia iba á sacar una alma de la ignorancia."

Los fenicios acababan con honor su gran misión en la marcha de la humanidad, é iban á ser relevados en el gran trabajo del progreso.

▼.

Decíamos que la Fenicia había cumplido su misión en el progreso humano y que ella por medio de sus naves había lanzado sobre las costas del Mediterráneo toda la civilización del Asia y de la Africa, que los demás pueblos recogían. A otra nación tocaba después servir de guía en el movimiento de avance.

En las ondas azules de ese mar Mediterráneo, que besa las plantas de la bella Grecia, llegaban á ésta los mensajes del progreso, y presintiendo su destino, levantaba ávida de ver hácia adelante su frente de alabastro, besada por el soplo ténue de sus mañanas radiantes.

Tres mares con su cantar eterno, cantan en sus diversas playas, labradas por golfos y puertos, que parece han sido hechos á cincel, y la cubre una temperatura suave, sirviéndole como inmenso capelo de cristal limpísimo, su atmósfera trasparente. Sus ríos de co-

rrientes tranquilas murmuran apenas en su territorio formado de valles y colinas. Todo aquello habla al hombre con armonioso lenguaje y deja á su espíritu sereno, en libertad de examinar, pues nada hay en aquella risueña naturaleza que restrinja ó anonade por lo inmenso ó lo terrible. La expansión está excitada por el sol, por la brisa, por el paisaje proporcionado y vario, por las aguas en cadencioso movimiento; y el alma de los habitantes de aquella tierra, por eso sin duda, se dilatò bien pronto en manifestaciones por lo armonioso y por lo bello.

La Grecia tiene en su seno todas las riquezas: en sus selvas maderas, en Paros mármol purísimo, en Thasos y Laurium el oro y la plata; cereales en la Mesenia, rebaños en la Arcadia; en la Tesalia guerrera criaba el caballo volador y de las costas de la Atica salían sus navíos primorosos.

Los griegos repartidos en aquella tierra dividida por eminencias, formaban aquí y allá sus Ciudades, dispuestas por la geografía para constituir una federación, donde la división en los mandos, evitaba la concentración absoluta de la autoridad.

La mujer en Grecia fué respetada sin dejar la esposa de ser casi sierva, y su entendimiento poco podía espaciarse fuera de las pa-

redes del hogar, donde generalmente vivía en una especie de reclusión.

La población, como en las demás partes del mundo, también estaba dividada en clases, y al esclavo tocaba allí como era común en semejante época, lo más difícil de las faenas; pero en Grecia era más el número de los que se entregaban á las labores de la inteligencia, pues activa y con grandes elementos naturales, había podido acumular más riquezas, y la riqueza proporcionaba comodidades á una numerosa clase superior, que no necesitando del trabajo de sus manos para la vida, daba libre ejercicio al pensamiento, ocupándose de gobernar, de filosofar y de enaltecer las bellas artes, buscando en todo la proporción simétrica que hallaba en su naturaleza tranquila.

En la educación de los jóvenes griegos entraba preferentemente el perfeccionamiento de las formas por medio de ejercicios apropiados, el perfeccionamiento de la voz por el canto, y hasta para morir en el combate, se buscaban de antemano por los guerreros, clásicas actitudes.

Las tendencias de la Grecia eran la sensual felicidad, con toda su poesía, sus voluptuosidades y alegrías, encerradas en las prescripciones del arte.

Se podía decir que la estética era la reli-

gión de aquel pueblo, cuyos dioses ante todo tenían que ser bellos, proporcionados, para inspirar la idea de la divinidad.

El mármol de Paros sirvió para modelarlos; y la escultura alcanzó tal preponderancia, que hoy día sirve de inimitable muestra á nuestros artistas.

La geometría, cuyos adelantos se habían estacionado en Egipto, en Grecia fué desarrollada en combinaciones múltiples que pedían la forma y el número.

Al modelarse con toda la pureza de la línea una estatua típica, se erigía un dios, y así la belleza plástica estaba divinizada.

La escultura, por eso, era la más alta manifestación del genio griego, cuyos ideales artísticos viven en sus estatuas inmortales, llenas de gracia de serenidad y pureza.

La pintura, fué cultivada con éxito, pero en inferior escala, pues se limitaba á copiar la belleza de la forma y poco se atrevía en el fondo y el colorido.

La poesía trágica, tuvo su apoteosis en aquella época y con solemnidad fué representada, dándose á los personajes un carácter semi-divino, cuya apariencia procuraban los actores.

Las Ciudades griegas vivían en medio de la actividad, sus casas tenían una arquitec-

tura de espacios llenos de simetría y se encontraba en ellos la comodidad. El reloj formado por la sombra en el cuadrante, les pareció triste á aquellos hombres amantes del movimiento, y combinaron el reloj hidráulico, para que la gota de agua brillando, cayendo, sonando, midiera los minutos de su existencia.

Grecia, en fin, levantó la vida política repartiendo entre mayor número el Gobierno; suavizó el espíritu humano haciéndole rendir homenaje á la belleza; creó la escultura, perfeccionó la arquitectura, inició y desarrolló la cerámica, la pintura, la oda, la comedia, é ilustró el pensamiento con sus lucubraciones filosóficas. Y en sus bellísimos navíos, mandó allende los mares, á todas las playas extranjeras, los ejemplares de sus creaciones divinas. ¡Brillante estrella, cuyos fulgores iluminaban la extensión del mundo!

Sin embargo, aquel pueblo altivo que veía como bárbaros á todos los extranjeros, no sostenía con ellos cordiales relaciones, y su aislamiento lo fué relegando á cierta inferioridad, puesto que no tomaba nada de los adelantos de los demás, que procuraban más y más mejoramientos.

Alejandro el Grande, que parece representaba el alma ardiente de Grecia, en alas

de la victoria atravesaba el mundo, se remontaba al Oriente, formaba ciudades y dejaba en ellas el idioma, las artes y las ciencias griegas; pero torna á aquella bella patria creadora, y la encuentra en tal estado de languidez, que de nuevo como atraído por el sol vuelve á Levante, y muere en la orgía prematuramente, presintiendo la agonía de ese pueblo que tanto amaba. Empero el guerrero sublime, había realizado la gran obra de fundir todas las civilizaciones y propagar el sentimiento artístico en todos los países vencidos, preparando otra gran evolución universal para el porvenir, del cual fuera el grandioso, audaz explorador.

El destino de la civilización era encaminarse al Oeste, y otra gran península, como queriendo salirse del continente, se avanzaba al mar para recogerla y aumentarla: El lado que por el Norte une á esa península á tierra firme, está atrincherado con los gigantes Alpes; y por los otros rumbos, las aguas la circundan. Uno de sus frentes se halla al Oriente como viendo, para instruirse, el mundo del pasado, y otro al lado Occidental que le abre las puertas al porvenir.

Los anteriores progresos habían ya rodeado, al través de los mares, á esa península de Italia, de ciudades donde brillaba el ex-

plendor de las ciencias y de las artes; y así, estaba en Sicilia, Siracusa, Cartago la africana, que había de disputar á Roma el poder universal, y Marsella y Cádiz, ricos puertos, en el continente europeo.

Si Grecia en su apogeo rechazaba otra civilización que no fuera la suya propia, Roma en el corazón de Italia, se asimilaba todo lo que hallaba en su derredor, lo fundía y lo utilizaba, haciéndose por eso atractiva y simpática á los extranjeros, que hallaban en aquella tierra hospitalaria, algo de la tierra donde habían nacido, tal vez más perfeccionado ó más hermoso. Empero, Roma, era la ciudad guerrera por excelencia: lanza en mano había dominado á toda la Italia; pero no la había hecho su sierva: dejaba á las Ciudades sus libertades económicas, haciéndolas depender de su dirección general, y este fué el secreto de su política, pues sin aniquilar á sus vencidos, se servía así de ellos después, y extendía su vida en la vida de los demás pueblos, que fueron sus aliados tributarios.

Fuerte con su audacia y con los elementos de aquellos á quienes iba dominando, extendía en el espacio más y más sus conquistas, ensanchando los límites de su imperio. Asegurada en Italia, en los términos que dejamos apuntados, se apodera de Sicilia, asalta